

Germinial

SUSCRIPCIÓN:

Un mes. 50 cénts.

Número suelto 10 "

REDACCIÓN Y

ADMINISTRACIÓN

Jara, 18, bajo

SEMANARIO REPUBLICANO

Año I.—Núm. 8

Cartagena 23 de Agosto de 1919

Tercera Época

BAGATELAS

NO VALÍA LA PENA

Cuando llegan momentos tan desconsoladores para Cartagena, como estos porque atraviesa, en que en plena y alarmante epidemia palúdica y tífica, no dispone su Ayuntamiento de otros elementos sanitarios, que un viejo carro de riego, que alterna sufriendamente sus funciones, sirviendo por la noche en la limpieza de pozos negros, y por el día en repartir unas gotas de agua por las calles, y sabemos que cuanto dinero remitió el Gobierno, y todo el que se consiguió para remediar las escalonadas miserias que nos fueron llegando, se ha filtrado como tanto otro, sin que se sepa dónde fué a parar en su audaz carrera, nos acordamos con cierta tristeza, de aquellas campañas redentoristas que sostuvo este pueblo, y pensamos con hondo desconsuelo, en que si después de sus desafortunadas luchas, se le desvalija y roba tan a mansalva como en tiempos pasados—que han vuelto a ser actuales merced a las puras gestiones de sus nuevos y desaprensivos defensores—si sigue siendo su administración municipal, tan rifeña como siempre fué, o más todavía, si Cartagena ha llegado a ser foco de toda epidemia, y lugar predilecto del hambre, si han de emigrar sus hijos a tierras más hospitalarias donde se les deje ganar el pan que aquí no pudieron encontrar, no valía la pena de hacer tantos esfuerzos, ni lanzar tanto grito, ni arrastrarla al engaño tras banderas de pícaro, aunque con ello el desenfadado egoísmo de uno, llegase a su mayor gloria y provecho. ¿Verdad, lector amigo?

CONSEJOS

¡Dios libre a nuestra intención y curiosidad, de hacer incursión alguna en bolsa ajena!

Pero es el caso, que para abonar el argumento de estos comentarios, necesitamos hablar de una bolsa [y repleta, vive Dios!

A nosotros que no hacemos periodismo sospechoso y productivo, de que tan triste ejemplo hay ya en Cartagena, nos importan poco las razones que la hayan abultado tanto, y si nos ocupamos de ella será con intenciones transparentes y sin deseo de pincharla por parte alguna. Conviene puntualizar para evitar confusiones lamentables...

Queremos decir, sin más preámbulo, que cuando a un pueblo se le deben fortuna y honores, y en él se vivió una regia vida de señorío, y en él se tuvo desmedido influente, lo menos que pudo

hacer el colmado beneficiario, si no sintiéndolo, simulándolo al menos, fué demostrar gratitud. Y en todo momento, Magnífico Señor, tuvisteis oportunidad de hacerlo. Siempre, una calamidad local clamó a vuestra fortuna en demanda de alivio, pero sin duda que habiendo sido de vuestra elevada posición, os apartaron de la piedad, y os hicieron olvidar la gratitud, ese elevado sentimiento que es fragancia del espíritu, en las personas nobles.

Y ahora, después de veinte años que la gobernais, sin que pueda reconoceros don ni merced alguna, cuando sus penas y dolores son mayores, y una postración casi letal empieza a invadirla, alza su queja hasta vosotros, confiando en que hareis efectivas aquellas promesas que entre emoción y lágrimas le hicierais, cuando inesperados azares políticos os exaltaron a culminante magistratura popular...

Ella es así: ingenua y cándida. No hay nadie capaz de convencerla de que su demanda estéril, de que nada habrá de conseguir por mucho que clame, y aun cuando se apoya en la razón de que todo os lo dió, incluso rebeldías, y éste parece tener en su sentir visos de derecho, no comprende la pobre que está fuera de razón, y a vosotros recurre y de vosotros espera, en ésta hora de su mayor desolación.

Nosotros que estamos en Cartagena por más funesto infortunio que a ella guía—¡que ya es desgracia!—os hacemos una advertencia de amigos que es a la vez consejo leal, y que debéis acoger con alguna atención, porque la última convivencia con el pueblo, y el conocer muy a fondo sus inquietudes, nos obligó a dictarlo.

En Cartagena, hay mucha hambre. Hambre mansa, sufrida, resignada, ese hambre que en labor lenta, va armahdo solitarios, envenenando conciencias, suscitando odios...

Fracasados sus deseos reivindicadores, llagada de desconfianzas por decepciones recientes, a las que según dicen contribuísteis poniendo precio a rebeldías de apariencias, cansada de sufrir a pícaros, se vá haciendo muy sensible a esas trágicas zarabandas populares que leereis horrorizados en la Prensa y que tienen por escenario las vastas extensiones de Cataluña y Andalucía.

Es hora ya de que tomeis en serio a este pueblo, de que hagais por él algo que no sería difícil a vuestro poderoso influjo, y si razones de algún orden pri-

vado, no os permitieran prestarle esa virginal ayuda que Cartagena os demanda, entonces Magnífico Señor, no echeis en olvido, ni desprecieis aquella sentencia socarrona y sabia de nuestro romancero popular, que advierte y aconseja poner poca fé en la virgen, y mucha en los piés...

Es el consejo más leal que os brindan enemigos nobles, que no buscan ni decaen afinidades con vuestra bolsa, ni llevan otro propósito en su lucha que servir como mejor puedan a Cartagena sin cobrarle réditos por el favor...

Palabras de Floral

El Vicepresidente de la Junta Local de Sanidad, nuestro querido colaborador señor Sánchez de Val, (Asanval) ha escrito días pasados un artículo en «El Porvenir», titulado «De salud pública y... de otras cosas», refiriéndose a la protesta que en la sesión municipal del día 15 se hizo contra él, por los señores Cortés y Frigard, por sus censuras hechas al Ayuntamiento en la sesión de la Junta de Sanidad celebrada el pasado día 9, en la que se trató sobre el recrudescimiento de la epidemia palúdica.

El artículo que comentamos del señor Sánchez de Val, está lleno de verdades como puños, y si supieran leerlo moralmente los concejales que tal protesta hicieron, suscribirían cuanto en él se dice y lo repetirían tantas veces como sesiones municipales se celebraran, hasta conseguir el remedio que Cartagena necesita en el orden sanitario. Pero para eso se precisaría que los referidos concejales tuvieran conciencia de su honorabilidad política y de los deberes que le son afines, cosa bien difícil en estos tiempos de granjerías y de advenedizos.

Da risa oír al Sr. Cortés volver por el respeto que merece la Corporación Municipal, y al Sr. Frigard hablando de ciertos señores «que nunca han hecho nada por la ciudad, que no cumplen sus deberes ciudadanos ni profesionales y que se dedican a escarnecer a la verdad por el gusto de extraviar a la opinión pública, contrastando esa conducta con la del auténtico Ayuntamiento que con tan buena fé, mejores propósitos y de nuevo extraordinario, trabajan por el bienestar de Cartagena».

Pero de dónde ha salido el señor Frigard? ¿Qué palabras son éstas, dichas por el concejal ciervista señor Frigard? ¿Qué proyectos, qué cultura administrativa, qué bagaje intelectual ha aportado este concejal al Ayuntamiento, desde que tiene el cargo? ¿Pero quién es el señor

Frigard y qué ha hecho en su vida por Cartagena?

Nosotros, del señor Frigard, sólo sabemos que es un mediocre *floralia* más, que del campo republicano—siguiendo las ideas luminosas del Preboste de los *floralias*, un poco menos mediocre que él—dió un salto adelante y... se entregó al *ciervismo*, y todo ello por convicción, por el deseo de regenerar a la patria grande, principiando por hacer feliz a la patria chica sacrificando su modestia y tranquilidad en aras de la concejalia y comenzando a ponerle los puntos a la diputación a Cortes con aquella peroración en el último mitin conservador, en donde, pronunciando muy bien las *eres* y las *eses*, pedía a las huestes conservadoras—y sobre todo a sus compañeros *florales* que brillaban por su total ausencia en la presidencia del mitin—la más completa disciplina hacia los mandatos del jefe, los cuales eran intangibles e inmutables. Aquella noche se ganó un entorchado y sus correligionarios bien le comprendieron saludándole como a futuro diputado a Cortes. ¡Qué flexibilidad la suya!

Después hemos sabido, que cuando en el Ministerio de Abastecimientos reina, ba el señor Maestre, con bastante frecuencia hacia viajes a Madrid y allí se pasaba las horas muertas, esperando obtener de su ilustre primer jefe local, si duda alguna, algo beneficioso para la Ciudad. ¿Y qué más ha hecho por Cartagena y en qué más se conoce el relieve de la personalidad del señor Frigard? ¡A sí! En que es de la más pura y olorosa madera del *ciervismo* y todo en él son buenas cualidades, para captarse las simpatías de sus jefes. Igual, exactamente igual que su jefe más inmediato, el señor Rodríguez Valdés.

PARA "LEVANTE AGRARIO"

Nuestro particular amigo Sr. Cabrezo, con palabras lisonjeras que GERMINAL le agradece, comenta la serie de artículos que con el epigrafe *Una idea* venimos publicando.

No es ésta una campaña, sino una serie de artículos, como decíamos, que corresponde a la redacción de GERMINAL y no al Sr. Mega exclusivamente; y en esa serie no se trata en realidad de otra cosa que del descubrimiento de un fraude y de una excitación para el descubrimiento del autor o autores de la *manobra*; lo demás son cuestiones secundarias y de detalle.